

ría de los cubanos” no la conozcan, y también, y pareciera que sobre todo, de que esa hermosura la dominen “los extranjeros codiciosos”, por eso invoca a Martí, “Martí! ¡Qué falta nos has hecho a todos!” (33), suspira, en un reconocimiento sorprendente porque Eva Canel, fue “sin lugar a dudas –afirma Carmen Barcia–, una furibunda integrista, monárquica confesa, apasionada defensora de la permanencia del poder colonial en Cuba”.

El testimonio de su recorrido alude a una actividad que será importante en la isla, pero que en ese entonces se vislumbraba como un incipiente turismo. ¿Qué es la narradora?, ¿una turista o una viajera?, es un debate al que no entraremos pero que queremos dejar señalado a los potenciales lectores del libro, del que se pueden hacer varias lecturas, que dependen del lector y de la riqueza del contenido. La posibilidad de rastrear diversos temas invita a disfrutar este texto, ameno, de escritura clara, lleno de pasión, que deja constancia, desde otras perspectivas, de dos asuntos importantes en la historia de Cuba, el de la migración española y el de la presencia norteamericana.

Otro asunto interesante es la ausencia de una intertextualidad con otros viajeros. Eva Canel no la necesita para dar autoridad a sus palabras. Como otras crónicas de viaje, *Lo que ví en Cuba* se ubica en la empresa de crear

una identidad, una identidad nacional, pero para la autora ésta se encuentra en un ámbito más amplio, más allá de los confines de la isla, en el espíritu común de lo español. A diferencia de otros libros de viajeros, éste no habla de aventuras, lo que encontramos son reflexiones que podríamos calificar de sociológicas, tampoco pretende ser un catálogo para atraer los intereses imperiales, ni tiene como eje el relato sobre *el otro*, aquí de quien se habla es de la comunidad a la que ella pertenece; y frente a ésta, lo ajeno, lo diferente, lo extraño es el extranjero, el norteamericano. Entre líneas, la autora llama a los residentes en Cuba, españoles y cubanos, a formar empresas, empresas de cubanización y previene del peligro de que Cuba se incline demasiado hacia el norte, “el Norte la envolverá en sus torbellinos sin dejarle aire respirable”.

Laura Muñoz
Instituto Mora/AMEC
lmunoz@mora.edu.mx

HÉCTOR AGUILAR CAMÍN, *PENSANDO EN LA IZQUIERDA*, MÉXICO, FCE, 2008, 70 P.

Este pequeño libro reúne y revisa nueve artículos que Héctor Aguilar Camín publicó en *Milenio* el año pasado, y uno más que apareció en *Nexos* en 2005, donde expone la situación actual de la izquierda mexicana.

HAC sostiene que el único futuro posible para ésta (y por extensión para la izquierda latinoamericana), si es que quiere jugar un papel constructivo en la sociedad política, es emular a la socialdemocracia europea y, consecuentemente, aceptar el mercado, la democracia liberal y el capitalismo. Sólo de esta manera aquélla podría conciliar los ideales (equidad, justicia, fraternidad) que al autor le parecen encomiables, con los resultados concretos, disociados o de plano extraviados por prácticas que juzga reprobables (violencia, autoritarismo, estatismo).

Procede entonces a identificar las cuatro familias de la izquierda nativa: 1) la revolucionaria; 2) la comunista; 3) la estatista y nacionalista, y; 4) la utópica clásica. La primera está identificada con la violencia; la segunda con Moscú; la tercera con el populismo autoritario (Salinas *dixit*); y la última simplemente con los viejos ideales igualitarios. A veces se entrecruzan sus filias y fobias, pero cada una posee una identidad propia. Con escasas virtudes e innumerables taras, difícilmente podría producir algo positivo según HAC, como lo prueba el PRD. Desafortunadamente, no encontró en México una quinta familia como habría deseado, la izquierda socialdemócrata, la única portadora de progreso, para situarnos en el horizonte de la modernidad. Concluye, sin embargo, con la

paradoja que le aporta el dato duro de la evidencia empírica: “quienes han estado más cerca de alcanzar los fines éticos universales de la izquierda han sido las sociedades guiadas por ideales de “derecha” (57).

La prosa de HAC es ágil y su análisis ligero. En lugar de preguntarse por qué la izquierda es ésta y no otra, lo que supondría adentrarse en su formación histórica como sujeto político, y a partir de allí evaluar sus posibilidades concretas, lo que hace es descartar una a una a las distintas corrientes, empezando por la revolucionaria. Independientemente de la crítica de las armas que sin duda compartimos, de la misma manera que a HAC le parece “increíble [...] que ande poniendo bombas por el país una organización llamada Ejército Popular Revolucionario” (17), un pasmo similar me produce que no ofrezca una mínima explicación de por qué la guerrilla en México lleva cincuenta años en acción y por qué en lugar de desaparecer se expande a pesar de la opción democrática “realmente existente”. ¿No habría que buscar mejor en la endémica violencia agraria, con su lógica de acción-reacción, el origen y el alimento permanente de estos grupos? (al respecto lo remito a los excelentes estudios de Marco Berligeri y Laura Castellanos). Amás democracia no hay menos guerrilla, porque su demanda funda-

mental no es aquélla sino la justicia social (en este sentido está emparejada con la “izquierda utópica clásica” y se remonta al primer socialismo).

La izquierda comunista le parece por lo menos inocua. Ocupada en justificar el socialismo real, no tuvo tiempo para participar en el movimiento popular, por lo que su influencia se experimentó sobre todo en el campo intelectual. De alguna manera su elitismo le otorgó el único logro asequible: la colonización del espacio cultural. Comprometida con la democracia, el pecado capital que cometió fue abrazar el estatismo (la variante autóctona de la soviétización de acuerdo con HAC) y, por tanto, le fue fácil fundirse con las corrientes emanadas de la revolución mexicana y los desprendimientos del PRI. Al respecto, las omisiones de HAC son numerosas y relevantes. En primer lugar, el PCM no agrupó al conjunto de la izquierda comunista, razón por la cual no todos abrazaron la línea moscovita. Por otra parte, en varios momentos del siglo pasado su influencia en el movimiento popular fue significativa (los treinta, finales de los cincuenta, los setenta). En tercer lugar, sus victorias no sólo fueron culturales; algunas de las libertades de las que ahora disfrutamos, en particular en la ciudad de México, son producto de las luchas de esta izquierda (la elección de los gobernantes en el DF, el reconoci-

miento de los derechos de las minorías, la despenalización del aborto).

A la izquierda utópica lo único que le ofrece es su condescendencia. La identifica con los militantes abnegados (los que sí creen en la causa) y no con una corriente histórica. De haberlo hecho así, tal vez habría podido brindar un cuadro más complejo de la “izquierda indigenista” más allá de decir que reedita el culto a la violencia y convierte en bandera particularismos que le parecen anacrónicos y ajenos al universalismo progresista. En este punto cabe señalar que la reivindicación del indígena no la introdujo el zapatismo en el discurso de la izquierda, ésta surge del socialismo mexicano decimonónico, así como la puesta en práctica de gobiernos locales al margen de la autoridad estatal proviene del comunalismo. Por otra parte, el multiculturalismo que HAC ve subyacente en el zapatismo y explícitamente rechaza, también posee un fundamento universalista.

Las últimas secciones del libro las dedica a mostrar a la izquierda mexicana a contracorriente de la historia que HAC lee en la clave del progreso. Súbitamente el marco nacional cede el lugar al orden planetario para presentar los dos modelos de socialismo: el soviético y la socialdemocracia. Argumenta que las políticas de izquierda no han sino socializado la pobreza (el extinto campo socialista), y como la

única manera de acabar con ella es generando riqueza, las políticas de la derecha han probado ser más eficaces (Europa Occidental, Estados Unidos). Para apresurar la conclusión, HAC no se detiene ni siquiera un momento a contarnos que el socialismo realmente existente cobró vida en la periferia atrasada del sistema mundial, mientras los países centrales se desarrollaban considerablemente por la vía de la intervención estatal en la economía. Tampoco habla de la magnitud alcanzada por la desigualdad social en éstos después del desmantelamiento del Estado de bienestar. Plantea además que el utilitarismo benthamiano ha producido “los mayores niveles de igualdad que haya conocido la historia” (57). ¿Podría demostrar seriamente que los países anglosajones, guiados por aquél, tienen una mejor distribución del ingreso que Alemania, Francia o los países nórdicos? Pero, como en lugar de explicar prefiere recomendar, acaba uno de los capítulos finales con una sentencia: “de la combinación de un capitalismo moderno y un Estado con políticas sociales que redistribuyan el ingreso, puede salir lo que buscan México y América Latina: países prósperos, democráticos y equitativos” (62).

Carlos Illades
UAM-Cuajimalpa
cillades@correo.cua.uam.mx

SARA ORTELLI, *TRAMA DE UNA GUERRA CONVENIENTE. NUEVA VIZCAYA Y LA SOMBRA DE LOS APACHES (1748-1790)*, MÉXICO, EL COLEGIO DE MÉXICO, 2007, 259 P.

La llamada “guerra apache” registrada en el norte novohispano y mexicano ha venido siendo cuestionada en su empleo indiscriminado, como un recurso que simplifica, oculta o distorsiona otros procesos ocurridos en ese espacio, gracias a contribuciones de William Griffen, Susan Deeds, Chantal Cramaussel, Salvador Álvarez, Luis Aboites y Christophe Giudicelli, entre otros. Este libro compuesto de una introducción, siete capítulos, un apartado de conclusiones, apéndices e índices, se ubica en la vertiente crítica del estudio de un periodo y un espacio que habían quedado caracterizados mayormente por las incursiones apaches y es sobresaliente por varias razones.

1) Está basado en una nueva interpretación, más que en fuentes nuevas de información. La identificación de problemas, como la redefinición de categorías de actores para la Nueva Vizcaya, fueron enriquecidas por “preguntas, reflexiones y enfoques” aplicados para otros espacios coloniales, (20 y 214-216).

La nueva interpretación planteó nuevos problemas y éstos nuevas preguntas que llevaron a trabajar una diversidad de archivos locales, nacionales y españoles. Esta nueva interpretación